

rias que á veces me hacen morir de risa. Vamos, Abeja, una historia.

— Está bien, hermana mía, dijo la niña mirando á Petrus como si hubiera querido decirle: Escuchad esto, señor pintor.

Escuchó Petrus adelantando de una manera sorprendente en el diseño de la cabeza de Regina, que entregada al movimiento y á la sencillez de la vida habitual, tomaba una expresión arrebatadora,

La niña comenzó.

FIN DEL LIBRO SÉPTIMO.

LIBRO OCTAVO.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA PRINCESA CARITA.

(Cuento de hadas.)

Abeja comenzó, hemos dicho en el capítulo precedente: — Una vez era una princesa dotada de una virtud extraordinaria y de una incomparable belleza.

Había nacido en Bagdad, y vivía bajo el reinado del califa Haroun-al-Raschid, del que era parienta muy cercana. Su padre, uno de los más ilustres generales del ejército del Califa, viendo que su hija crecía, y que las guerras disminuían, ofreció su dimisión al Califa, á fin de consagrar todo su tiempo á la educación de Zuleyma.

Zuleyma es una palabra persa, que quiere decir reina. Aceptó el Califa la dimisión, y á pesar del disgusto que tuvo en separarse de tan bravo militar, aprobó su designio, y le ofreció para la educación de Regina (perdón, hermana, quise decir Zuleyma), y le ofreció para la educación de Zuleyma, los mismos maestros que habían educado á su propia hija.

Retiróse el general de la corte, donde había vivido hasta entonces, y fué á habitar un hermoso palacio que poseía en uno de los arrabales de la ciudad, rodeado como la calle Plumet, por un cinturón de floridos jardines.

Allí, en medio de aquella estufa, parecida á ésta, venían los maestros de baile, de dibujo, de canto, de botánica, de historia, de astronomía, hasta de filosofía, porque el general quería que el talento de la princesa se adornase con todas las ciencias conocidas en aquella época, y se puede decir, sin lisonjearla, que había aprovechado tan bien las lecciones de sus maestros, que á los diez y ocho años tenía una virtud, un talento y una belleza completos.

— Abeja, interrumpió Regina, tu historia no es nada divertida; cuéntanos otra.

— Es posible que no sea divertida, dijo la niña, pero tiene el mérito de ser verdadera, y la verdad es el principal mérito de una historia: ¿no es verdad, señor pintor? continuó la niña dirigiéndose á Petrus.

— Soy de esa opinión, señorita, dijo el artista viendo que Abeja iba á hacer alusión á algunos rasgos de la vida de Regina; así que me atreveré á suplicar á la señorita, vuestra hermana, que os permita continuar.

Las mejillas de Regina se tornaron tan encarnadas, como las camelias que se abrían por encima de su cabeza.

— Y si continuó, preguntó Abeja, ¿qué me daréis?

— Os daré vuestro retrato, señorita.

— ¡De veras! exclamó Abeja sumamente alegre y palmoteando con sus pequeñas manos.

— ¡Palabra de honor!

Volvióse Abeja hacia su hermana extendiendo sus dos brazos de una manera que significaba:

— Bien ves, Regina, que no hay medio de hacer otra cosa.

Regina no respondió, pero retiró lentamente su sillón tres pasos atrás, como si hubiera querido buscar para ocultar su rubor la sombra de los árboles de aquella floresta del saión.

Viendo Abeja que si bien Regina no daba su consentimiento, tampoco lo negaba de una manera bien determinada y explícita, volvió á emprender su relato, diciendo por toda transición:

— Estaba en la belleza de la princesa; pero pasemos adelante, puesto que papá dice que la belleza perece, pero que la bondad queda.

La bondad de la princesa Zuleyma era verdaderamente asombrosa. Todas las madres de Bagdad, cuando pasaba por las calles, la mostraban con el dedo á sus hijas, diciendo:

— Hé ahí la más bella y la más caritativa princesa que ha existido ni existirá nunca.

Resultó de aquí que poco á poco adquirió en su barrio tan grande celebridad, que no se la tomó simplemente por una mujer como las demás, sino por una verdadera hada, que hacía milagros por doquiera que pasaba, consolando aquél y curando á ésta; haciendo á las malos buenos y á los buenos mejores.

Sucedió que un chiquillo, un saboyanito, que ganaba su vida haciendo bailar una marmota, lloraba á la puerta de su palacio, porque no habiendo ganado en todo el día un solo sueldo, no se atrevía á entrar en su casa por miedo de que su amo le diese una zurra.

Vió la princesa por la ventana las lágrimas del jovencito, bajó vivamente, y le preguntó qué tenía.

En el momento en que [el chicuelo la vió, comprendió que su recolección estaba hecha, y brincó de contento, diciendo :

— ¡ La hada ! ¡ Ah ! ¡ aquí está la hada !

En seguida, pidiéndole limosna en el lenguaje de su país, repitió muchas veces : Carita, Carita, princesa Carita ; de modo que muchas personas que habían oído al chicuelo, no sabiendo de la princesa más que su nombre de Zuleyma, que quiere decir reina, la llamaron con un nombre mucho más hermoso, es decir, la hada Carita, que quiere decir, la hada Caridad.

Regina interrumpió por segunda vez á Abeja.

— ¿ Pero comprendéis, caballero, dijo, adónde va esta niña á tomar todas estas historias ?

— Sí, princesa, dijo Petrus con una sonrisa ; sí, lo comprendo perfectamente, y su imaginación me admira menos que á vos, en atención á que creo que su imaginación es simplemente memoria.

El lector comprenderá á su vez, que las mejillas de Regina se tiñesen de un color de púrpura más vivo, bajo la mirada y la respuesta de Petrus.

Pero la niña, sin fijar la atención, ni en las miradas del uno, ni en el rubor de la otra, continuó :

— En fin, señor pintor, no intentaré referiros todas las bellas y buenas acciones que prueban que la hada Carita era bien digna de su nombre. Sólo una quiero referir, y mi hermana Carita (no, Zuleyma) no, Regina, siempre me equivoco, y mi hermana Regina, que sabe mejor que yo los cuentos de las hadas, porque es mayor y tiene mucho más talento, podrá deciros si he cambiado una sola palabra.

Os he dicho que el palacio de la princesa estaba rodeado

de floridos jardines y de paseos, que daban vuelta á Bagdad, como los bulevares á Paris.

Por el verano todos los días iba la princesa á pasear á caballo con su padre por las calles de aquellos hermosos paseos, y cualquiera que los veía pasar, no podía menos de reparar en ellos.

— Es verdad, dijo Petrus mirando á la niña y dándole gracias con la mirada.

— ¡ Ah ! ves, hermana mía, dijo, este caballero dice que es verdad.

— Pues bien, continuó volviendo á su historia, un día, en uno de esos paseos, la hada Carita reparó que en un foso había una niña de doce á trece años, que pálida, flaca, con los cabellos sueltos y esparcidos sobre los hombros temblaba de pies á cabeza, aun cuando aquel día hacía un gran calor y se hallaba expuesta á los rayos del sol.

Tenía en derredor de sí cuatro ó cinco perritos que la lamían y la acariciaban, y sobre su pequeño hombro, desnudo, una corneja que batía las alas. Pero ni la corneja ni los perros conseguían distraer á la niña, que padecía tanto, que parecía no fijar la atención más en ellos que en los pájaros que cantaban por encima de su cabeza, y en las cigarras que cantaban á su alrededor. No, tiritaba desde los hombros hasta la punta de los pies, y sus menudos dientes chocaban los unos contra los otros, como si se estuviera en lo más riguroso del invierno ; y notad que era sólo á mediados del mes de Agosto del año último.

— ¡ Ah ! ¡ qué digo ! exclamó la niña.

Somnióse Petrus.

— En efecto, niña, dijo Regina, veo que se te ha ido el santo al cielo, y no sabes lo que dices ; hablas del califa Haroun-al-Raschid, y del año último ; dices que los acon-

tecimientos pasan en Bagdad, y pones en escena un sa-boyanito; no estás hoy en vena, Abeja, dejá pues á tu hada Carita; otraz vez serás más feliz.

— ¿Es preciso que me detenga, señor pintor? preguntó la niña á Petrus, ¿sois vos de la opinión de mi hermana?

— ¡Oh! de ninguna manera, señorita, dijo Petrus; y para mí tengo la historia por muy interesante; tan interesante, que la adivino á medida que la vais refiriendo. He concluido ya, excepto la cabeza de la niña que tiritá, y comienzo á dibujar la princesa Carita.

— ¡Oh! mostradme eso, dijo la niña levantándose vivamente de los pies de Regina, donde estaba sentada, y acercándose á Petrus.

— No, no, dijo Petrus ocultando su papel; los dibujos son como los cuentos, se necesita que estén concluidos para comprenderlos; concluid vuestro cuento, señorita, voy á concluir mi diseño.

— ¿Dónde estaba? preguntó Abeja.

— Estabais en el mes de Agosto del año último, señorita, dijo Petrus.

— ¡Oh! qué malo sois en echarme eso en cara, señor pintor, dijo la niña con su más gracioso gesto, me he equivocado al decir el año último, y eso es todo. El suceso no podía tener lugar el año último, puesto que pasó en tiempos del califa Haroun-al-Raschid, y todo el mundo sabe que Haroun-al-Raschid, quinto califa de los Abasidas, murió hacia el año de 814 ú 815, antes de Carlomagno.

Y después de aquella orgullosa cita, continuó la niña:

— He querido decir, que hacía en aquel tiempo en Bagdad un calor igual al que hace aquí en el mes de Agosto, en los boulevares exteriores cerca de la barrera de Fontainebleau; por ejemplo, es una simple comparación.

Era en verdad asombroso que aquella niña tiritase cuando no se podía sufrir el sol de lo mucho que calentaba. Esto es lo que notó muy bien la hada Carita.

La hada Carita pidió en consecuencia á su padre permiso para bajarse del caballo, á fin de preguntar á la niña si estaba enferma.

Apenas dirigió la palabra á la pobre niña, cuando ésta bajó sobre Zuleyma sus grandes ojos, que estaban fijos en el cielo.

— ¿Por qué, le preguntó la princesa con su voz más dulce, por qué tiemblas así, hija mía? ¿estás enferma?

— Sí, señora hada, respondió la niña, que adivinó al instante que la princesa era hada

— ¿Y qué tienes?

— Tengo fiebre, según dicen.

— ¿Y cómo teniendo fiebre no estás en tu lecho? preguntó la hada.

— Porque los perros, según parece, estaban aún más enfermos que yo, y me han enviado á pasearlos.

— ¿No es tu madre quien te ha enviado á pasear los perros? dijo la hada; tu madre no te hubiera permitido salir temblorosa y calenturienta como estás.

— No es, en efecto, mi madre, señora hada.

— ¿Dónde está tu madre?

— No la tengo.

— ¿Y quién hace sus veces para ti, pobre niña?

— La Brocante.

— ¿Quién es la Brocante?

La niña vaciló un instante; la hada repitió la pregunta.

— Una trapera que me ha educado, respondió la niña.

— ¿No tienes, pues, ningún pariente?

— Estoy sola en el mundo.

— ¿Cómo, ni padre, ni madre, ni hermano?

La niña se puso, no ya á tiritar, sino á temblar.

— No, no, no, dijo, ni hermano, ni hermana.

— ¡Pobre niña! dijo tristemente la princesa, y ¿cómo te llamas?

— Me llamo Rosa de Noel.

— En efecto, hija mía, tienes los medio marchitados y enfermizos colores de la flor cuyo nombre llevas.

La niña hizo un movimiento de hombros que significaba:

— ¿Qué queréis?

— ¿Dónde vives? preguntó la hada.

— ¡Oh! señora hada, en una de las más sucias calles de Bagdad.

— ¿Muy lejos de aquí?

— No, señora hada, diez minutos de camino poco más ó menos.

— Pues bien, voy á conducirte á tu casa, y decir que te metan en la cama, ¿quieres?

— Quiero todo lo que vos queráis, señora hada.

Intentó la niña levantarse; pero volvió á caer en el foso. ¡Tan débil estaba!

— Aguarda, dijo la hada, voy á cogerte en brazos.

Y la princesa levantó á la niña, que estaba tan débil y tan flaca, que no pesaba más que una muñeca.

Llevóla á su padre, que la cogió, la colocó sobre el arzón de la silla, y se pusieron en camino.

Rosa de Noel, sobre el arzón de papá... Bueno, me vuelvo á equivocar. Rosa de Noel, sobre el arzón del padre de la hada, y la hada á caballo, con dos de los perritos que no hubieran podido seguirles.

Los otros tres perros eran grandes, y trotaban detrás de los caballos.

La corneja volaba por encima de la cabeza de Rosa de Noel, que para que el pájaro no se alejase, no tenía más que decir de cuando en cuando:

— ¡Farés, farés, farés!

Pronto llegaron á una calle oscura en mitad del día, como si fuese medianoche; y aunque mi papá diga que el sol luce para todo el mundo, de seguro no ha lucido nunca para los infelices que vegetan en aquella calle.

— Aquí, dijo la niña deteniendo el caballo, ésta es la puerta.

La puerta de la perrera donde están los perros de mi papá, es seguramente más propia para puerta de casa que aquella.

Era preciso agacharse para entrar, como cuando se pasa por debajo de la puerta de una cueva; era preciso marchar á tientas para encontrar la escalera.

Un chicuelo que estaba á la puerta, y á quien Rosa de Noel llamaba Babolin, ofreció guardar los caballos, y la princesa y su padre llegaron por fin al principio de la escalera donde vivía la Brocante.

CAPÍTULO II.

CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA DE LA HADA CARITA.

Tan joven y linda como era la princesa, continuó la pequeña narradora, tan vieja y fea era la Brocante.

No era difícil adivinar al primer golpe de vista cuál de las dos era el buen genio.

La princesa tenía á primera vista el aire de una hada.

La Brocante causaba todo el efecto de una bruja.

Y era realmente una bruja, á juzgar por una gran marmita de hierro que descansaba sobre unas trébedes, y en la que hervían hierbas mágicas; por la grande varita de avellano que estaba fija en el suelo en medio de una baraja atravesada por grandes alfileres negros; y en fin, por la escoba que tenía en la mano, y sobre la que se apoyó atónita cuando vió entrar al general llevando á Rosa de Noel, y á la hada Carita que llevaba los dos perrillos.

No hablaremos de los otros tres perros y la corneja, que formaban el acompañamiento.

La hada Carita comenzó por poner en el suelo los dos perritos, y dirigiéndose á la bruja:

— Señora, dijo, os traemos esta niña, que estaba temblando con la calentura en el boulevard. Está enferma, es preciso acostarla y arroparla bien.

Quería responder la Brocante, pero los perros hacían un ruido tal, que se vió obligada á amenazarles con su escoba para hacerles callar.

— Ella es quien ha querido irse á pasear, dijo dirigiéndose á la princesa y mirándola de lado, sin duda porque reconocía en ella una buena hada; nunca hace otra cosa y así se pone enferma.

— Es una niña, dijo la hada, y no se la debe escuchar ni hacer caso. Pero ¿no vais á acostarla? busco su lecho y no le veo.

— ¡ Bueno! ¡ su lecho! dijo la bruja.

— Sin duda; ¿no tenéis otra habitación? preguntó la hada.

— ¿ Creéis, pues, que este granero sea un palacio? respondió gruñendo la bruja.

— ¡ Eh! más bajo, buena mujer, dijo el general; respon-

ded en otro tono, os lo suplico, ó voy á buscar un comisario que os preguntará dónde habéis robado esta niña.

— ¡ Oh! no, ¡ oh! no, exclamó la niña, quiero permanecer con la Brocante.

— No la he robado, respondió la Brocante.

— Vamos, dijo el general, ¿vas á intentar hacernos creer que esta niña es tuya?

— No digo eso, respondió la bruja.

— Entonces, si no es tuya, claro es que la has robado.

— No la he robado, caballero, la he encontrado y la he recogido como á mi propia hija, y no he establecido diferencia ninguna entre ella y Babolin.

— Pues bien, entonces ¿por qué no has enviado á Babolin á pasear los perros, y no se ha quedado la niña aquí? preguntó la hada.

— Porque Babolin no quiere hacer nada de lo que se le manda, mientras que Rosa de Noel obedece antes de que se haya concluido de mandar.

— Sea, dijo el general. Pero cuando se recoge á los niños, no es para hacerles morir de fiebre. ¿Dónde acostáis esta niña?

— Aquí, dijo la bruja mostrando un desvancito, en el cual Rosa de Noel había establecido su domicilio.

La hada hundió su mirada en la pequeña habitación separada del resto del granero por una cortina, y vió un pequeño retrete asaz propio. Sólo que no había más que un colchón.

La hada tocó el colchón y encontró el lecho un poco duro.

— En verdad, dijo la princesa, que me avergüenzo de estar tan blandamente acostada, al pensar que esta pobre niña no tiene más que un colchón.

— No, tendrá un lecho de pluma y cobertores hermosos y sábanas hermosas y finas, dijo el general; voy á enviaros todo eso, buena mujer, y además un médico. Mientras tanto, tenedla lo más abrigada posible, y envid á buscar una enfermera; ahí tenéis dinero para pagarla y traer los medicamentos; si mañana el médico me dice que no está bien cuidada, haré que el comisario os la recoja.

Precipitose la bruja sobre la niña y la estrechó contra su pecho diciendo:

— ¡Oh! no, estad tranquilo; si Rosa de Noel no está cuidada como una princesa, es porque falta el dinero, y eso es todo.

— Adiós, Rosita, dijo la princesa yendo hacia Rosa de Noel y besándola; estáte tranquila, que yo volveré á verte.

— ¿De seguro, señora hada? preguntó la niña.

— De seguro, pequeña mía, respondió la princesa; lo que hizo que las mejillas de la niña se sonrosasen de placer, y que la hada Carita dijese á su padre: Ved qué linda es.

Y estaba muy linda en efecto; mirad, Mr. Petrus, hariais de ella un hermoso retrato.

— ¿Luego la habéis visto, señorita? preguntó Petrus riendo.

— Seguramente, dijo Abeja.

En seguida, volviendo en sí:

— Es decir, que he visto su retrato en mi libro de cuentos; llevaba un gorrito colorado.

— Me le enseñaréis, ¿no es verdad, señorita?

— No dejaré de hacerlo, caballero, respondió gravemente la niña.

En seguida continuó:

— La hada y su padre volvieron á montar á caballo, y

media hora después enviaban á la pobre Rosa de Noel todo lo que le habían prometido.

Después hicieron que enganchasen los caballos al carruaje y corrieron á la casa del médico, que vivía en el centro de la ciudad. Partió el médico delante de ellos, y la hada y su padre volvieron á entrar en su palacio, encantada ella de tener un padre tan bueno, y encantado él de tener tan buena hija.

El médico había prometido ir por la noche á dar noticias de la pequeña Rosa de Noel.

Cumplió su palabra, y en efecto, vino aquella noche misma.

La noticia que tenía que anunciar era triste; la pobre niña estaba amenazada de una grave enfermedad, lo que desesperó á la princesa.

Así que, al día siguiente por la mañana, partió con su padre, en carruaje, de modo que antes de las nueve estaban los dos en casa de la Brocante.

Estaba allí el médico hacia más de una hora; tenía el aire muy inquieto, y convendréis en que había razón para ello, cuando sepáis que Rosa de Noel tenía una fiebre cerebral.

La pobre niña deliraba, y no conocía á nadie; ni á la Brocante, que la había recogido; ni á Babolin, su pequeño camarada, que lloraba de disgusto al pie del lecho; ni á la corneja que estaba sin menearse á la cabecera; y que parecía comprender que su pequeña ama estaba enferma; ni á los perros, que no habían ladrado como la víspera, cuando habían entrado el general y la princesa.

Era aquel un espectáculo de los más tristes, y la hada separó los ojos de la enferma para enjugarlos.

No era, sin embargo, la enfermedad de la niña lo que

asustaba al médico, que respondía de salvarla si consentía en beber las tisanas que le recetase; pero con su pequeña mano, flaca y ardorosa, rechazaba todo lo que se le quería hacer tomar. Se había creído oportuno decirle:

— Bebe, niña, esto te curará.

Pero era inútil, no comprendía lo que se le decía.

De vez en cuando se incorporaba sobre su lecho como para huir, y exclamaba:

— ¡ Oh! mi buena Mad. Gerard, mi buena Mad. Gerard, ¡ no me matéis! ¡ Á mí, Brasil! ¡ á mí, Brasil! y volvía á caer como muerta, lanzando un hondo suspiro.

El médico decía que la fiebre le hacía ver fantasmas; pero su rostro expresaba tal espanto, que se hubiera jurado que en realidad veía aquellos fantasmas.

La poción que le presentaba el médico debía calmar la fiebre, y al calmarla hacer desaparecer aquella maldita pesadilla.

Así que, todo el mundo intentó hacerle tomar la poción; el médico, la enfermera, la Brocante, Babolín, y hasta un mandadero que estaba allí, y á quién ella amaba mucho cuando estaba en su sano juicio.

La Brocante intentó hacerle beber una cucharada de la poción á la fuerza; pero la niña, con sus brazos helados, era más vigorosa que la bruja.

— Si no bebe esta poción á cucharadas, habrá muerto antes de mañana á la noche, dijo tristemente el médico.

— ¿ Qué hacer, doctor? preguntó entonces la princesa.

— En verdad que no lo sé, respondió el médico.

— ¡ Doctor! ¡ doctor! dijo la princesa llorando, emplead toda vuestra ciencia para salvar la pobre niña, os lo suplico. Me parece que si fuese tan sabia como vos, encontraría un medio de salvarla.

— ¡ Ay! princesa, dijo el doctor meneando la cabeza, la ciencia es impotente en casos como éste: que vuestro buen corazón os inspire, en cuanto á mí, no puedo más que humillarme ante la invencible resistencia de esta niña.

En este momento, el mandadero se adelantó con lágrimas en los ojos, prometió á la enferma muñecas, dijes, chucherías, bellos trajes, perlas para hacer collares; pero todo fué inútil.

Hubiérase dicho que Rosa de Noel estaba sorda; no se meneaba, de suerte que el pobre joven, desolado, después de haber intentado hacerle reconocer su voz por todos los medios posibles, se retiró con el corazón oprimido á un rincón de la habitación.

Un padre, delante del cadáver de su hija, no hubiera parecido más desolado.

También el pequeño Babolín estaba bien triste y contaba á la niña todas las alegres historias que tenía de costumbre; pero ella no le respondía, tan insensible á sus palabras, á sus besos y á sus súplicas, como la sensitiva que está allá abajo, cuando ha llegado la hora del sueño y ha cruzado sus brazos.

Mientras tanto pasaba el tiempo, y la niña no bebía la poción.

— ¿ Qué hacer? todo el mundo lo había ensayado y nadie había conseguido nada.

Entonces llegó su turno á la princesa para venir á instalarse á la cabecera del lecho, coger la cabeza de la enferma y besarla tiernamente; y cuando la llamo princesa, aun me equivoco, hada es preciso llamarla, porque fué verdaderamente un poder superior á todos los poderes de la tierra el que hizo que la niña, que tenía desde por la

mañana los ojos cerrados, los abriese de repente y exclamase con acento alegre :

— ¡ Oh ! os reconozco, sois la hada Carita.

Llenáronse de lágrimas los ojos de cuantos allí estaban, de lágrimas de felicidad se entiende : la joven acababa de pronunciar las únicas palabras razonables que había articulado desde la vispera.

Todos querían precipitarse y abrazar á Rosa de Noel ; pero el médico extendió los brazos sin pronunciar una sola palabra, por temor de que la voz humana extinguiese de repente aquella chispa de razón, que la voz divina acababa de encender en ella.

— Sí, querida mía, dijo muy dulce y muy lentamente la princesa ; sí, soy yo.

— Carita, Carita, repitió la niña con una voz aún más dulce, de modo que aquel lindo nombre de Carita, que en todos los labios no era más que un nombre más encantador que los otros, era en la suya una cosa así como un cántico santo, como una suave canción.

— ¿ Me amas mucho, Rosita ? preguntó la princesa.

— ¡ Oh ! sí, señora hada, respondió la niña.

— Entonces escucharás bien todo lo que voy á decirte.

— Os escucho.

— Pues bien, entonces bebe esto, dijo la hada presentando á la niña una cucharada de la poción, que el médico acababa de hacerle pasar por detrás.

La enferma ni siquiera respondió, abrió la boca, y Carita le hizo tragar una cucharada de la única poción que podía salvarla.

— Si bebe así durante veinticuatro horas, respondo de ella, dijo el médico. Desgraciadamente, señorita, añadió, teme que rechace todo lo que le dé otra mano que la vuestra

— Pero, dijo la buena hada, con permiso de mi padre, cuento con velar á Rosa de Noel hasta que esté fuera de peligro.

— Hija mía, dijo el general, hay permisos que no se piden á los padres, porque pedirlos, es suponer que pudiera negarlos.

— Gracias, mi buen padre, dijo la hada abrazando al general.

— Señorita, dijo el médico, sois el ángel de bondad.

— Soy la hija de mi padre, caballero, dijo sencillamente la hada.

Por orden del médico se retiró todo el mundo, excepto la Brocante, la enfermera y la hada Carita ; el general llevó consigo á Babolín, que llevó á la princesa todo lo que necesitaba para pasar la noche cerca de Rosa de Noel.

Permaneció cuatro días y cuatro noches en aquella pésima habitación, sin tomar más reposo que de hora en hora, cuando la niña había tomado su cucharada de poción.

Por lo demás, desde el momento en que estuvo allí, ya no permitió á la enfermera, cuya figura repugnaba á Rosita, acercarse á su lecho ; en consecuencia, ella fué quien le puso las cataplasmas, los sinapismos, las compresas de agua helada en la frente ; ella quien le mudó la ropa, la limpió, la peinó, la tuvo despierta con besos y la durmió con canciones.

Al fin, al cabo de los cuatro días, disminuyó la calentura, y el médico declaró que estaba fuera de peligro.

Obligó pues á la princesa á regresar á su casa, so pena de caer enferma á su vez.

Lo que oyéndolo Rosa de Noel, exclamó :

— ¡ Oh ! princesa Carita, regresa pronto á casa de tu

padre, porque si cayeses enferma por haberme salvado, moriría de pesar al saberlo.

Y la princesa, después de haberla abrazado y besado mil veces, se fué, dejándole sobre el lecho una gran cajita llena de lencería y telas brillantes, como le gustaban á Rosa de Noel.

Desde aquel momento, fué mejorando Rosa de Noel cada vez más; y si alguno dudase de la verdad de este cuento, no tiene más que ir á la calle Triperet, número 11, y preguntar á la Brocante y á Rosa de Noel la historia de la hada Carita.

El cuento estaba concluido.

Abeja buscó con sus ojos los de Petrus; pero había él elevado una grande hoja de papel gris como una muralla entre él y la pequeña narradora.

Volvióse la niña hacia su hermana, pero Regina, para ocultar su embarazo, había colocado delante de su rostro una grande hoja de bananero.

Abeja, atónita con el efecto que había producido, y sin darse cuenta del púdico secreto que hacía á cada uno de ellos buscar un velo para su rostro, continuó:

— ¡Hola! ¡hola! ¿que es eso? ¿jugamos al escondite? En cuanto á mí, mi cuento está concluido. ¿Vuestro retrato lo está, señor pintor?

— Sí, señorita, respondió Petrus tendiendo á Abeja la hoja de papel gris.

Precipitóse la niña sobre el dibujo, y habiéndole dirigido una rápida mirada, lanzó un grito de alegría reconociendo su retrato, y corriendo hacia Regina.

— ¡Oh! mira, mira, hermana mía, qué bello dibujo, dijo.

Y en efecto, era un bello, un maravilloso dibujo de

tres colores, improvisado durante la relación de la niña, y que había sido hecho tan pronto como la historia.

En el fondo se veía el boulevard, cerca la barrera de Fontainebleau, que se reconocía en el horizonte.

En primer término en medio de sus perros, que la lamían, su corneja posada sobre su hombro desnudo, estaba sentada Rosa de Noel, flaca, pálida, desgrefiada y temblorosa, ó más bien una niña que tenía alguna semejanza con ella, porque la miseria y la enfermedad tienen un no sé qué de triste, que imprimen la misma señal en todos los rostros.

Delante de la niña estaba Regina en traje de amazona, como el primer día en que Petrus la había visto.

En segundo término estaba á caballo el general de Lamothé-Houdon, teniendo de la brida el bello caballo negro que Regina gobernaba tan magistralmente.

En fin, en el mismo término que su hermana, detrás de un olmo, y enderezada sobre la punta de los pies, Abeja curiosa y tímida á la vez, intentaba ver, sin ser vista, lo que pasaba delante de sus ojos.

Aquel dibujo, robado y hecho á escondidas, según la expresión pintoresca de los aprendices, era una maravillosa traducción del cuento de hadas de Abeja.

Miró Regina mucho tiempo el dibujo, y mientras que lo miraba, la expresión de su rostro indicaba el asombro más profundo.

En efecto, ¿quién era aquel joven que adivinaba á la vez, la expresión melancólica y enfermiza del rostro de Rosa de Noel, y el traje de amazona con que ella iba vestida aquel día?

Hizo mil conjeturas; pero sin acercarse nunca á la verdad.

Después en fin, con el tono de la admiración más completa, dijo á la niña :

— El otro día en el Louvre, Abeja, me pedías que te enseñase un dibujo de un gran maestro ; pues bien, mira éste, hija mía, porque verdaderamente es uno de ellos.

Ruborizóse Petrus de orgullo y de placer.

Esta primera sesión fué encantadora, y Petrus, después de haber convenido en la hora en que había de volver al día siguiente, salió del palacio, embriagado con la belleza y la bondad de la princesa Carita.

CAPÍTULO III.

REVISTA DE FAMILIA.

La segunda sesión fué en un todo semejante á la primera ; fué también amenizada por la charla de la niña, y como la primera vez, salió Petrus contentísimo del palacio de Lamothe-Houdon.

Transcurrieron así quince días ; de dos en dos tenía lugar una sesión.

Entonces el joven, la joven y la niña, pasaban horas, que Petrus hubiera querido ver eternizarse.

Los días en que las lecciones retenían á la niña, Regina, fiel á la recomendación de Petrus, de animar el semblante con la conversación, la conducía al primer objeto que se le ocurría, y aquel primer objeto, indiferente al principio, pronto se convertía en una frente creciente de interés, porque Regina desarrollaba á propósito de

cualquier cosa, á los ojos de Petrus, tesoros de ciencia, de bondad y de talento.

La conversación se emprendía habitualmente sobre la pintura ó la escultura ; pasábase revista á los pintores de todos los tiempos y de todos los países.

Petrus era sabio en antigüedades, como Vinkelmánn ó Cicognara.

Regina, que había viajado por Flandes, Italia y España, conocía todo lo grande que habían producido las tres escuelas.

De la pintura se pasaba á la música ; todo lo conocía Regina, desde Porpora hasta Auber, desde Haydn hasta Rossini : de la música pasaban á la astronomía ; de la astronomía á la botánica ; hay más conexión que la que se cree entre las estrellas y las flores ; las estrellas son las flores del cielo ; las flores son las estrellas de la tierra.

En seguida, agotados todos estos objetos de conversación, se llegaba á hablar de simpatía, de atracción, de comunidad de almas.

Los jóvenes hicieron así, por el camino luminoso del pensamiento, mil viajes á lejanas comarcas.

Se pasearon por todas las playas desiertas, escucharon desde lo alto de las cordilleras la voz potente de la tempestad ; oyeron los misteriosos ruidos de la noche en las cabañas de las florestas vírgenes.

En fin, se envolvieron por completo en la delicada ropa de las ilusiones.

Antes de comprender la violencia de su amor, estaba Petrus enamorado como un loco. Le daban tentaciones insensatas de echar á un lado lienzos y pinceles, y arrojarle á los pies de Regina y decirle que la adoraba.

Á pesar del admirable poder que Regina tenía sobre sí